

# Los Derechos Humanos. Hilo conductor temático de la Declaración de 1948

---

*José Antonio Lobo, O.P.*

Existen muchos motivos para conmemorar el cincuenta aniversario de la "Declaración Universal de los Derechos Humanos" de la ONU (1948). El momento en que se proclama es especialmente significativo, pues hacía poco que había terminado aquella gran hecatombe o drama humano que fue la Segunda Guerra Mundial, tan opuesta a lo que supone el respeto de los derechos humanos<sup>1</sup>.

El apoyo a la conmemoración nace de la convicción de que se trata de una iniciativa acertada e incluso necesaria. Dicho de otra manera, nace de la convicción de que todavía hoy, cincuenta años después de ser proclamada esta Declaración por un organismo internacional de tan alto nivel, siguen existiendo razones para continuar reflexionando sobre este tema y también motivos para seguir preocupados por el largo camino que todavía queda por recorrer hasta que lo que en ella se reconoce, dejando de ser letra muerta, se vea cumplido en todas partes e íntegramente<sup>2</sup>.

## **1. ¿Por qué seguir hablando de Derechos Humanos?**

Son muchos los motivos que invitan a seguir reflexionando y ahondando en el tema de los derechos humanos. El primero es que

---

<sup>1</sup> Las cifras de muertos que se dan para este conflicto fluctúan entre los 35 y los 60 millones entre combatientes y civiles. Cifra, como se ve, desmesurada e irracional en cualquiera de los cálculos.

<sup>2</sup> Para tomar conciencia de que no exageramos basta consultar los informes anuales de Amnistía Internacional.

siguen siendo válidas hoy las razones que en 1948 llevaron a hacer la Declaración. Entre otras razones, se adujeron las siguientes: que la libertad, la justicia y la paz en el mundo sólo se alcanzarán a través del reconocimiento y respeto de los derechos humanos; que el menosprecio de estos derechos era la causa de todos los actos de barbarie que en el mundo se cometieron y cometen; y que el progreso humano y social, correctamente entendido, depende del mejor o peor cumplimiento o respeto de las exigencias contenidas en los derechos proclamados en la Declaración.

La segunda razón, de carácter más subjetivo, es que somos muchos, casi todos, los que seguimos creyendo en la importancia de estos derechos y en la necesidad de seguir trabajando en su promoción y defensa allí donde y en los casos que sea necesario.

Esta convicción subjetiva se fundamenta, por otra parte, en hechos bien objetivos: el quebrantamiento de los derechos humanos sigue siendo más frecuente de lo que cabría esperar a estas alturas de la historia, hasta el punto de que se ha llegado a decir que lo más «universal» de esta Declaración de derechos es su «universal negación». Será suficiente mirar en torno a nosotros y podremos comprobar esta persistente negación de los derechos humanos.

El derecho a la vida sigue siendo sistemáticamente negado, no sólo por la acción de la delincuencia común y el terrorismo internacional, sino también por obra y gracia de los poderes constituidos y de los ejércitos regulares de los Estados, la mayoría, además, firmantes de la Declaración.

Matanzas como la de la Plaza de Tiananmen, en China, o las perpetradas por los «jermes rojos» en Camboya, son acontecimientos posteriores a la Declaración, como lo son los genocidios todavía más recientes, e incluso en curso, de Ruanda (África) o de los Balcanes en Europa. Sobre las masacres cometidas por el ejército en los últimos decenios en diversos países de América Latina existen datos alarmantes y bien contrastados<sup>3</sup>. Y el poco precio que en muchas partes

---

<sup>3</sup> Como ejemplo cabe citar el "Informe de la verdad" sobre las masacres cometidas en El Salvador, publicado tras los acuerdos de paz entre el Gobierno y la guerrilla a comienzos de 1996, o los cuatro volúmenes publicados en 1998 bajo el título de "Guatemala nunca más", testimonios espeluznantes de las masacres perpetradas en ese país desde los años

todavía sigue teniendo la vida lo ponen también de relieve los millones de víctimas del hambre y la pobreza.

Si a la vida parece que se le concede tan escaso valor, en los mismos lugares en que este derecho fundamental es negado, no corren mejor suerte los otros bloques de derechos humanos: los derechos civiles y políticos, los derechos económicos, sociales y culturales, y los llamados derechos de «tercera generación».

En estos países donde el derecho a la vida es negado con excesiva frecuencia, la falta de libertad, de garantías jurídicas frente a detenciones arbitrarias o de la posibilidad de participar en la vida política, al vivir en dictaduras o en «democracias vigiladas», es moneda corriente. Y, sin embargo, lo que más se echa en falta en ellos es la inexistencia de los derechos económicos y sociales.

Hace años desde América se señalaba lo siguiente a este respecto: "La lucha y el conflicto... en favor de los derechos humanos no se sitúa primariamente al nivel de las libertades públicas, políticas e intelectuales. El conflicto reside más bien en el campo de los derechos básicos de los obreros, los campesinos y de los indígenas. Frente a éstos, derechos humanos como la disidencia o la libertad de prensa parecen casi un lujo. En América Latina se trata del derecho a trabajar, a ganar el mínimo, a una nutrición y educación básica, a no vivir en permanente inseguridad, a no ser sistemáticamente marginado y discriminado. A poder organizarse en la vida laboral. En América Latina, los derechos del hombre son los derechos del pobre<sup>4</sup>". Estas afirmaciones aún siguen teniendo vigencia, tal y como siguen las cosas allí.

Estas y otras muchas razones justifican el que haya que seguir reflexionando y preocupándose sobre la situación de los derechos humanos en el mundo. Pero tratándose, además, de unas Jornadas dirigidas y educadoras, a profesionales de la enseñanza, parece obligado a dedicar un apartado a hablar de la importancia de incorporar

---

ochenta. Esta publicación fue sin duda la causa determinante del asesinato de Monseñor Juan Gerardi, obispo auxiliar de Guatemala y Coordinador General de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, promotora de este informe para la recuperación de la memoria histórica (REMHI).

<sup>4</sup> S. GALILEA, *Las Iglesias y los derechos humanos*: Concilium n. 144 (1979) 124.

en la tarea docente en todos sus niveles la preocupación por la promoción y defensa de los derechos humanos.

## 2. Enseñar los Derechos Humanos<sup>5</sup>

No me referiré aquí a cómo se podría realizar en la práctica la enseñanza de los derechos humanos, ni a los métodos adecuados para llevarla a cabo<sup>6</sup>, sino que me centraré exclusivamente en las razones específicas que apoyan, no tanto la necesidad de incluir una asignatura sobre derechos humanos en el *currículum* escolar, cuanto a la de que se haga presente a lo largo de todo el proceso de la enseñanza la preocupación por los derechos humanos.

La primera razón es que la misma Declaración pide que se promuevan los derechos humanos "mediante la enseñanza y la educación". Esto prueba que los redactores de la Declaración, representantes de muchas naciones y de diferentes culturas coincidían en confiar en la educación como medio que podría servir para impulsar el avance hacia una convivencia en libertad, justicia y paz basada en respeto de los derechos humanos.

La segunda razón deriva de la naturaleza misma de la educación y de las metas que ésta persigue. Existe consenso, al menos en teoría, de que la educación ha de proponerse no sólo ofrecer conocimientos y proporcionar habilidades, sino también transmitir valores, al menos todo aquel conjunto de valores que sean necesarios para la convivencia entre las personas y entre los pueblos<sup>7</sup>. Por ello, dado que, según la

---

<sup>5</sup> Cf. F. GARCÍA, *Enseñar los derechos humanos*, Madrid 1983. En este libro, publicado por la Editorial Zero-Zyx, se recoge una amplia gama de textos sobre derechos humanos, con sus correspondientes comentarios.

<sup>6</sup> En cualquier caso y a modo de sugerencia, parece que en general la transmisión de los valores se hace, como la de los virus, por contagio. Para enseñar los derechos humanos lo mejor será comenzar a ponerlos en práctica, incorporarlos a la estructura y funcionamiento de los propios centros escolares.

<sup>7</sup> La misma ONU, en la *Recomendación sobre la educación para la comprensión, la cooperación y la paz internacionales y la educación relativa a los derechos humanos y las libertades fundamentales*, de diciembre de 1974, definía así la educación: «designa el proceso global de la sociedad, a través del cual las personas y grupos sociales aprenden a desarrollar conscientemente en el interior de la comunidad

Declaración de la ONU, el respeto de los derechos humanos es uno de los pilares básicos para una convivencia en libertad, justicia y paz, intentar llevar a la toma de conciencia de la importancia que tiene el conocimiento, promoción, respeto y defensa de los derechos humanos ha de figurar entre los objetivos del proceso educativo.

Para reforzar lo que acabamos de señalar, se puede recordar una verdad evidente: lo que no se conoce, no se puede llegar a estimar y menos se llegará a sentir la necesidad de promoverlo y defenderlo llegado el caso. De ahí que sea muy importante informar sobre los derechos que cada uno tiene y puede reivindicar como persona y como ciudadano. Esto, por otra parte, no significa enseñar sólo a exigir sin dar nada a cambio, pues no parece difícil hacer comprender que “no hay derechos ni deberes” o que el ejercicio de los propios derechos ha de hacerse siempre compatible con el respeto de los derechos de los demás: «La verdadera fuente de los derechos —dijo Gandhi— es el deber. Si todos cumplimos nuestros deberes, no habrá que buscar lejos los derechos. Si, descuidando nuestros deberes, corremos tras nuestros derechos, éstos se nos escaparán como un fuego fatuo. Cuanto más los persigamos, más se alejarán.

Una última razón, válida sólo para los creyentes, que conduce a comprender la necesidad de «enseñar los derechos humanos», es que el conjunto de las exigencias proclamadas y reivindicadas en la Declaración Universal de Derechos Humanos es plenamente coherente con las exigencias evangélicas. Es cierto que las exigencias contenidas en los derechos humanos no agotan el programa propuesto por Jesús, que se concreta en la venida del Reino de Dios o en el hecho de que las cosas comiencen a desarrollarse ya, aquí y ahora, tal como Dios quiere, pero sí expresan algunos mínimos a la vez jurídicos y morales, que será necesario cumplir, si se quiere avanzar hacia lo que es el núcleo central del mensaje evangélico: una sociedad fraterna, justa y solidaria<sup>8</sup>.

---

nacional e internacional y en beneficio de ellas, la totalidad de sus capacidades, aptitudes y conocimientos».

<sup>8</sup> Sin entrar a fondo en la relación entre derechos humanos y valores evangélicos, e Iglesia y derechos humanos, me remito al texto de J. ALVAREZ LOBO, *La iglesia y los derechos humanos*, Guatemala 1994. En él se acompaña a cada artículo de la Declaración de textos bíblicos y del magisterio de la Iglesia, que permiten ver la sintonía

### 3. Carácter evolutivo de los Derechos Humanos

Vistas las razones por las que sigue siendo necesario preocuparse por los derechos humanos y las que hablan de la importancia que tiene “enseñar los derechos humanos”, abordamos ahora el contenido mismo de la Declaración de 1948, es decir vamos a intentar descubrir y poner de relieve cuál es el hilo conductor de su articulado o aquello que da unidad a sus treinta artículos.

Pero antes, tomando como punto de partida la historia de los derechos humanos, vamos a analizar brevemente una de sus características: *su carácter evolutivo*.

La conciencia clara de los derechos humanos, al menos tal como hoy los entendemos, es una conquista de los tiempos modernos. Sin embargo estas formulaciones modernas tienen sus raíces en tradiciones anteriores, unas de carácter religioso-moral y otras de carácter filosófico o humanista.

Reconocer esta evolución evita que se caiga, como a veces ha ocurrido al hablar del tema de los derechos humanos, en una doble distorsión. Una consistiría en que se acentúa excesivamente su sentido contemporáneo, como dando a entender que la humanidad habría vivido en la barbarie hasta que el progreso de la civilización condujo a la madurez de la modernidad, que se refleja en las Declaraciones, que van desde la americana, de 1776, pasando por la francesa, de 1789, hasta culminar en la Declaración de la ONU, de 1948, olvidando que desde antiguo y en distintos contextos culturales se pueden encontrar códigos y textos diferentes en los que ya quedaron plasmadas las exigencias que de manera pública y solemne serían reconocidas por la Declaración a la que nos estamos refiriendo.

La otra distorsión consistiría en “conceder un excesivo protagonismo a la civilización occidental, como si el resto de la humanidad poco hubiera aportado o como si hubiera necesitado del beneficioso influjo educador de los occidentales para comprender definitivamente el valor inalienable de la persona”<sup>9</sup>. Es posible descubrir

---

entre las exigencias contempladas en los derechos humanos y el mensaje cristiano por la Iglesia.

<sup>9</sup> F. GARCÍA, o. c., 35.

en las diversas tradiciones de la humanidad textos en los que aparecen explícitamente reconocidas las exigencias que pasarían a convertirse en derechos humanos<sup>10</sup>.

Pero no sólo la formulación teórica de los derechos humanos ha pasado por un largo proceso hasta llegar a la formulación actual; otra de las dimensiones de su carácter evolutivo es el hecho de que su reconocimiento en la práctica no ha sido una concesión gratuita, sino el resultado de una larga lucha: "nunca hay que olvidar que la conquista de los derechos humanos está jalonada de duros esfuerzos regados en muchas ocasiones con sangre y lágrimas"<sup>11</sup>. La conmemoración del cincuenta aniversario de la Declaración de la ONU debería servir también para recordar a estos mártires de la libertad y de la justicia.

Por eso, el objetivo que nos planteamos al buscar el hilo conductor o principio de unidad del articulado de la Declaración de 1948, no es meramente erudito, el de incrementar la información sobre este tema; sino también práctico y hasta militante, el de ofrecer a los educadores los elementos precisos para que la transmisión de los contenidos expresados en el elenco de derechos recogidos por la Declaración sea lo más eficaz posible.

#### **4. Hilo conductor de la Declaración Universal de los Derechos Humanos**

En primer lugar, ¿existe ese hilo conductor que permita encontrar la unidad entre todos los derechos afirmados en la Declaración? Creemos que sí y lo encontramos en las preocupaciones de fondo que llevaron a la ONU, hace cincuenta años, a realizar esta proclamación solemne de los mismos. ¿Cuáles son esas preocupaciones?

Conviene recordar el contexto en el que nace la Declaración, el final de la Segunda Guerra Mundial, con lo que ella supuso de barbarie, de menosprecio de la vida y de la dignidad de las personas, y de deterioro de las relaciones entre las naciones. Esta experiencia, traumática sin duda para muchas conciencias, puede explicar las que, a nuestro entender, son las dos preocupaciones fundamentales que

---

<sup>10</sup> En el libro de F. GARCÍA se pueden encontrar muchos de estos textos tomados de las más variadas tradiciones: de Oriente, de Occidente y de África.

<sup>11</sup> F. GARCÍA, o. c., 40.

subyacen en ella y que quedan ya patentes en los considerandos previos al articulado. Estas dos preocupaciones son las siguientes: la *"promoción, respeto y defensa de la dignidad de las personas"* y *"lograr una paz estable o promover el desarrollo de relaciones amistosas entre las naciones"*<sup>12</sup>.

#### ***a. La preocupación por la dignidad de la persona humana***

La preocupación por el respeto de la *dignidad inalienable de la persona* es recurrente a lo largo de la Declaración. En el primero de sus considerandos se reconoce que el ejercicio de la libertad, la justicia y la paz en el mundo sólo serán posibles y estará garantizado mediante *"el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana"*.

Luego, en los dos primeros artículos, se indica con claridad, para colocar sobre fundamento sólido o terreno firme el conjunto de derechos que van a ser afirmados, cuál es el origen de esa dignidad de la persona y cuáles son los seres en los que debe ser reconocida. El artículo uno pone como origen de la dignidad de las personas el hecho de *compartir todos la misma condición humana*: «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y de conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros».

El artículo segundo, por su parte, extrae la consecuencia pertinente de la primera afirmación: toda persona, cualquiera sea su raza, color, sexo, nacionalidad, lengua, religión o credo político posee esa dignidad y, en consecuencia, es sujeto de todos y cada uno de los derechos que se proclaman en la Declaración y deben serle reconocidos y respetados por el simple hecho de ser persona.

Ahora bien, ¿en qué consiste la igual dignidad de todos los seres humanos en un mundo atravesado en todas partes por las desigualdades de todo tipo? y ¿cómo y dónde fundamentar la afirmación de este principio de la igual dignidad de todos los seres humanos?

Respecto de la segunda pregunta, sabemos que quienes prepararon y decidieron hacer la Declaración, la eludieron, pues no se

---

<sup>12</sup> Considerando cuarto.



veía la posibilidad de llegar a un acuerdo, dada la diversidad de culturas y de sensibilidades que se encontraban representadas<sup>13</sup> en este organismo internacional, que es la ONU. Por eso se puede decir que fue una afirmación en cierto modo gratuita, aunque quienes la hicieron y firmaron eran conscientes que respondía a una profunda aspiración de la humanidad, detectable a lo largo de su historia y que se puede encontrar plasmada en muchos textos de las diversas tradiciones religiosas, morales y filosóficas<sup>13</sup>.

Más aún, en muchos de esos textos hay una preocupación preferente, que tampoco está ausente en la Declaración de la ONU, por resaltar esa *dignidad inalienable* en el caso de las personas menos favorecidas: "del niño, del retrasado y del impedido, del emigrante y del extranjero, de todos los pueblos, al margen de las apariencias externas que puedan diferenciarles y al margen de las convicciones que puedan poseer"<sup>14</sup>. En pocas palabras, por afirmarla y hacerla presente, quizás con mayor razón, en el rostro de los pobres, pues ésta será la mejor manera de que sus derechos dejen de ser negados.

Respecto de la primera pregunta, los redactores de la Declaración eran conscientes de que esa igual dignidad de los seres humanos no era reconocida, ni en la teoría ni en la práctica, por todos ni en todas partes. Pero quizás fuera esta conciencia la que les llevó a afirmarla en un doble sentido: erigiéndola como *punto de partida* de todos los derechos que se iban a afirmar y como *meta a alcanzar*.

El poner como punto de partida y fundamento de todos los derechos humanos la dignidad inalienable de la persona supone reconocer la existencia, como decíamos de *una condición humana común* o el "reconocimiento de una cierta 'naturaleza' humana que en ningún momento depende de nosotros, sino que, por el contrario, somos nosotros los que en cierto sentido dependemos de ella. Por recordar el lenguaje de un gran filósofo alemán, Kant, es una idea reguladora, es

---

<sup>13</sup> Algunos textos de esas diversas tradiciones pueden encontrarse en la amplia selección que, con ocasión del veinte aniversario de esta Declaración, publicó la Fundación de las Naciones Unidas para la Educación y la Cultura (UNESCO), *El derecho de ser hombre*, Salamanca 1973. Véase también la citada obra de F. GARCÍA.

<sup>14</sup> F. GARCÍA, o.c., 23.

decir, una exigencia subjetiva específica de todo ser humano, que le dota de un sentido y que tiene capacidad de regular el funcionamiento teórico y práctico de la subjetividad. En este sentido, los derechos humanos son condiciones transcendentales del ser humano. Son algo que está más allá de cualquier experiencia posible, que no podemos verificar si nos atenemos a la historia de la humanidad o a su situación actual. Pero al mismo tiempo son las condiciones sin las cuales deja de tener sentido hablar de seres humanos<sup>15</sup>.

Por su parte, el señalar como meta a alcanzar a través del respeto de los derechos reconocidos en la Declaración la dignidad inalienable de la persona, se está dando a entender que su reconocimiento teórico es más un *desideratum* que una meta ya plenamente lograda.

Los Derechos Humanos tienen un carácter dinámico, una proyección de futuro y suponen la apuesta por una sociedad en la que los seres humanos vivan libres "del temor y la miseria"<sup>16</sup>. Son a la vez una propuesta para una sociedad mejor y una crítica del orden social existente: "Los Derechos Humanos son un testimonio que pone de manifiesto los aspectos negativos del mundo en que vivimos, todo lo que todavía nos falta para alcanzar una plena realización de nuestra propia humanidad y de la humanidad de los que nos rodean; y al mismo tiempo intentan sacar a luz toda la riqueza que se encierra potencialmente en lo que llamamos ser humano. Pero además su apuesta por el futuro, su llamada a la esperanza y a la eliminación de las contradicciones que lastran la sociedad en que vivimos, son absolutamente radicales. En cierto sentido, por su mismo significado, los derechos humanos se presentan como algo que no está conseguido, como algo que posiblemente nunca se va a conseguir, como algo, en definitiva, utópico y trascendente, siempre más allá, siempre exigiendo un nuevo esfuerzo por parte de la humanidad. Al ser algo trascendente, significa que no podemos manipularlo ni utilizarlo, sino que queda como un horizonte de nuestra actuación, pero al mismo tiempo significa que es algo que irrumpe en nuestro presente cotidiano y nos obliga a ver de otra manera nuestra realidad actual y pasada"<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, 24.

<sup>16</sup> Considerando segundo.

<sup>17</sup> F. GARCÍA, o.c., 25.

Esta doble perspectiva de los Derechos Humanos, como crítica de un presente que todavía deja mucho que desear en el cumplimiento de las exigencias afirmadas en la Declaración y como propuesta para avanzar hacia un futuro mejor, creo que es tan importante hoy como hace cincuenta años, cuando fue proclamada.

Partiendo de esta afirmación de la dignidad inalienable de la persona, a la vez como supuesto y meta a alcanzar, se pueden entender el resto de las exigencias formuladas como derechos humanos, que se reconocen en el texto de la ONU, pues como señalaba recientemente F. Savater, a mi juicio con acierto, los "derechos humanos" son el "repertorio fundamental que constituye explícitamente el mínimo común denominador de la dignidad humana"<sup>18</sup>.

Desde luego, entre esos mínimos exigibles para la salvaguarda de la dignidad inalienable de la persona están, en primer lugar, el derecho a la vida (art. 3), que es el fundamento necesario y el que abre camino al disfrute de los demás derechos, y al respeto a la integridad psíquica, física y moral de la persona. En este sentido se reprueba la esclavitud y toda forma de servidumbre a la que las personas puedan ser sometidas (art. 4). Esta prohibición de la esclavitud y de la servidumbre como atentados flagrantes contra la dignidad e integridad moral de la persona no han perdido actualidad desgraciadamente, pues aún existe la esclavitud y se dan diversas formas de servidumbre<sup>19</sup>. Contra la integridad física y psíquica atacan la tortura y las "penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes", como denuncia el artículo quinto de la Declaración<sup>20</sup>.

A partir de la afirmación de estos derechos básicos, la Declaración va enumerando otra serie de exigencias también necesarias para la salvaguarda de la dignidad inalienable de la persona. La lógica que

---

<sup>18</sup> F. SAVATER, *¿Humanos o colectivos?*: El País (4. 10. 1998).

<sup>19</sup> No hace mucho la prensa informó de que una ONG había rescatado de la esclavitud, previo pago, a una serie de personas de un país africano, que estaban en venta como esclavos. Sobre la servidumbre baste citar el abuso que supone el trabajo de niños para las multinacionales y en condiciones inhumanas en algunos países del Tercer Mundo...

<sup>20</sup> Estas prácticas de la tortura y los malos tratos no han desaparecido, como denuncia Amnistía Internacional y también otras organizaciones que trabajan en las cárceles, dando por cierto que no han desaparecido del todo ni siquiera en los países llamados desarrollados.

sigue es bastante clara. Dado que estas exigencias, aunque toda persona está obligada a respetar estos derechos, se reclaman ante todo frente a los poderes públicos, a ellos se les impone una serie de obligaciones, que pueden englobarse en dos grupos.

Unas serían las obligaciones de *carácter negativo*, que se refieren a la no interferencia de estos poderes en el ejercicio de las libertades del ciudadano. De acuerdo con el *principio de subsidiaridad*, el Estado no debe suplantar al individuo, sino garantizar su autonomía y el ejercicio de su libertad, ni debe suplir las iniciativas de los individuos que actúan aisladamente o agrupados. Esto sólo habrá de ocurrir en aquellos casos y campos donde la iniciativa individual resulte claramente insuficiente. En este sentido se reconocen a la persona una serie de derechos y libertades que los poderes públicos no podrán negar: elegir un estado de vida, un lugar para residir, tener o elegir una nacionalidad, el derecho a la propiedad, individual o colectiva, y un conjunto de libertades como la libertad de pensamiento, de conciencia, de religión, de expresión y de reunión o asociación.

El segundo grupo de obligaciones tiene un *carácter positivo* y señala los bienes y facultades que la sociedad y los poderes públicos habrán de otorgar a las personas para que puedan desarrollarse plenamente como tales, como son: todas aquellas garantías jurídicas necesarias para salvar el principio de la igualdad de todos ante la ley, la facultad de participar en la vida política, el acceso a la educación y a la cultura, poseer un trabajo, una remuneración digna y que garantice la vida de la persona y de su familia, el descanso necesario, etc.

Por tanto, la Declaración afirma y reconoce, junto al derecho a la vida y a la integridad de la persona, los llamados derechos civiles y políticos (*primera generación*) y los derechos sociales, económicos y culturales (*segunda generación*). Posteriormente estos derechos han sido garantizados, concretados más e incluso ampliados por la ONU a través de los Pactos, Convenciones, Cartas y Declaraciones que se han ido suscribiendo.

Los puntos o principios en los que, a mi entender, se podría insistir cuando se intenta transmitir los contenidos que se encuentran, de manera explícita o implícita, en la Declaración en cuyo cincuenta aniversario nos encontramos, serían los siguientes: el *principio de la autonomía personal*, que supone reconocer y promover el uso correcto

de la libertad y de la capacidad de decidir por sí mismas de las personas; el principio del *paso de la condición de súbdito a la de ciudadano (democracia)*, con el que queremos indicar la importancia de formar en la necesidad de la participación en los asuntos de la propia comunidad política y hoy, en el contexto de un mundo convertido en "aldea global", de corresponsabilizarse en la marcha del mundo en su conjunto; y el *principio de la justicia y la solidaridad*, que supone formar para aceptar la necesidad de compartir y de sentirse concernido por lo que ocurre a los demás, sean personas, grupos o pueblos, sean próximos o lejanos.

Todos estos principios, por otra parte, van unidos. Sin libertad no hay seres humanos dignos de este nombre, pero sin participación no se puede construir una comunidad, y sin justicia y sin solidaridad la libertad se convierte en una palabra vacía de contenido. Esta afirmación nos atrevemos incluso a decir que no es ajena a la Declaración. El *carácter universal* que en ella se otorga a los derechos humanos se refiere, en primer lugar, a que deben llegar a todos los seres humanos sin distinción; pero, en segundo lugar, se refiere también a que todos los derechos en ella afirmados son igualmente necesarios: es imposible, como dijimos, afirmar la libertad, negando la justicia, pero la justicia requiere asimismo el respeto de la libertad.

### ***b. La preocupación por la paz***

Esta preocupación es otro de los hilos conductores de la Declaración. Se entiende que esta preocupación estuviera presente entre quienes la redactaron por varias razones. La primera es el propio contexto en el que nace, al que ya nos referimos, que es el del final de la Segunda Guerra Mundial. La afirmación de este amplio elenco de derechos humanos quiere contribuir a que no se repita en el futuro un drama semejante.

La segunda razón deriva de que este objetivo del mantenimiento de la paz y la seguridad internacional y el fomento de las relaciones de amistad de cooperación entre ellas figura como uno de los propósitos de la Carta fundacional de este organismo.

Y la última razón es que el intento de alcanzar un orden de paz internacional estable mediante la creación de una comunidad mundial con una autoridad supranacional capaz de arbitrar y dirimir los conflictos

surgidos entre naciones soberanas no es nueva. Autores del Renacimiento español, como Vitoria y Suárez, hablaron de esta posibilidad de una comunidad mundial (*respublica universalis*) basada no en la posesión de la misma fe, sino simplemente en la común pertenencia a la humanidad, poniendo en esta realización la garantía de la paz.

La modernidad no renuncia a esta idea. Así el filósofo Kant escribió en 1795 un texto titulado "*Sobre la paz perpetua*". En él proponía que, para superar la situación anárquica en la que se encontraban las relaciones entre las naciones soberanas, que era el origen de todas las guerras, los estados deberían sacrificar, como lo habían hecho los individuos<sup>21</sup>, su salvaje libertad sin freno y someterse a leyes comunes de carácter obligatorio, constituyendo así un "Estado de Naciones" (*Civitas gentium*)<sup>22</sup>. Para el filósofo Königsberg el orden internacional pacífico "podría inaugurarse cuando algunos gobiernos renunciaran libremente a su derecho de hacerse la guerra unos a otros; y sólo se extendería a medida que otros gobiernos, al darse cuenta de las ventajas derivadas de esa iniciativa (en forma de una economía más fuerte y de mayor seguridad), buscaran incorporarse dentro del vínculo (*foedus*) de no agresión mutua"<sup>23</sup>.

Este ideal, aunque sea de manera muy limitada e imperfecta, es el que se ha intentado plasmar en la Organización de las Naciones Unidas. Este organismo y todos los que, derivados de él, se han ido creando tienen como objetivo garantizar el cumplimiento del conjunto de los derechos proclamados en la Declaración de 1948 y las sucesivas ampliaciones y concreciones que de los mismos se han ido haciendo posteriormente.

Por todo ello consideramos que, con todos sus límites e imperfecciones, a través de estos organismos internacionales se han alcanzado algunos logros positivos, aunque siempre perfectibles, en orden a la mejor salvaguarda de la paz entre las naciones.

---

<sup>21</sup> Alude a la idea moderna del *contrato social* como origen de la sociedad.

<sup>22</sup> Cf. *El derecho a ser hombre*, 477. Allí se recoge un texto del escrito citado de Kant a este respecto.

<sup>23</sup> W. B. GALLIE, *Filósofos de la paz y de la guerra*, México 1980, 48-49. Citado en AA. VV., *Por una paz sin armas*, Salamanca 1948, 103.

Esta finalidad presente desde la fundación de la ONU explica que *la preocupación por la paz* esté también como telón de fondo y como meta a alcanzar a través del respeto de la lista de derechos que la Declaración proclama. En la mente y en la esperanza de los redactores de la misma parece que latía la idea de que tanto la paz social, la paz al interior de cada nación, como la paz internacional, la paz entre las naciones, se podría lograr avanzando en la dirección propuesta por la Declaración del respeto de los derechos humanos.

En primer lugar, mediante un mejor respeto de los derechos humanos se crearían las bases de la paz social, pues, como se señala en el considerando tercero, así se evitaría que los ciudadanos se viesen compelidos «al supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión».

Esta convicción no carece, por otra parte, de fundamento, ya que se apoya en el supuesto consistente de que la paz descansa sobre la justicia. La conocida definición agustiniana de la paz como “orden tranquilo” (*tranquillitas ordinis*) no es negada por la anterior afirmación, sino completada al señalar que el orden sobre el que ha de descansar tendrá que ser el *orden justo*, pues la experiencia muestra que pueden haber “órdenes tranquilos” que nada tienen que ver con la paz, al estar contruidos sobre la fuerza y no sobre la justicia, como es el caso del orden de paz que imponen los tiranos y los dictadores.

Y, en segundo lugar, la Declaración parece abrigar también la esperanza de que el avance en el respeto de los derechos humanos favorecería claramente las relaciones de amistad y de cooperación entre las naciones. Esta conexión estrecha entre respeto de los derechos humanos y paz internacional se reconoce explícitamente en textos posteriores de la ONU, como es el ya citado de la “Recomendación sobre la educación para la comprensión, la cooperación y la paz internacional y la educación relativa a los derechos humanos y las libertades fundamentales”<sup>24</sup>, que tiene un especial interés sobre todo para los educadores.

En este documento, al explicar los términos del título (“comprensión”, “cooperación”, “paz internacional”, “derechos humanos”

---

<sup>24</sup> Cf. F. GARCÍA, o.c., 203-216.

y “libertades fundamentales”) se recalca expresamente el nexo estrecho que existe entre ellos: “deben considerarse —afirma el documento— como un todo indivisible. La comprensión, la cooperación y la paz internacional sólo se pueden dar en el contexto del respeto por parte de todos los estados de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, que son los definidos en la Carta de las Naciones Unidas, la Declaración Universal de Derechos Humanos y los Pactos Internacionales de Derechos Económicos, Sociales y Culturales y de los Derechos Civiles y Políticos”<sup>25</sup>.

La afirmación sobre el nexo entre respeto de los derechos humanos y paz internacional, suscrita por la Declaración y en otros documentos de la ONU, no es, por otra parte, difícil de probar. El argumento ya expuesto sobre la vinculación que existe entre justicia y paz es aplicable también al caso de la paz entre las naciones. Los atentados contra los derechos humanos cometidos por los Estados, sea en tiempo de paz o en tiempo de guerra, són comportamientos bárbaros, como recuerda la Declaración, que nunca podrán contribuir a crear relaciones de confianza, de amistad y de cooperación entre los Estados.

Por todo ello, no dudamos en suscribir las siguientes palabras del profesor G. Peces Barba: “Filósofos y pensadores como Leibnitz, Kant o Maritain soñaron utopías de paz que superaban las estrechas fronteras de los Estados soberanos y la realidad histórica demostró la necesidad de esos esfuerzos para no repetir guerras horrendas. Los derechos humanos, con la Declaración de 10 de diciembre de 1948, se convierten en la referencia moral de la Comunidad Internacional que integra los grandes ideales de justicia de las sociedades democráticas. Superada hoy la guerra fría y los obstáculos que se oponían en la Europa del Este a la generalización de la institucionalización del Estado parlamentario representativo, no parece tan utópico el ideal de una Comunidad Internacional basada en los derechos humanos, aunque no será un proceso fácil”<sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> Ambos Pactos adoptados por la Asamblea General del 16-XII-1966 y que entraron en vigor en 1976.

<sup>26</sup> G. PECES BARBA, *Garantía internacional de los derechos sociales*, Madrid 1990, 12-13.



## 5. Los Derechos Humanos, exigencias morales

El autor que acabamos de citar reconocía el *carácter moral* de las exigencias contenidas en los derechos humanos proclamados en la Declaración: "Los derechos humanos son la moralidad propia de los sistemas jurídicos democráticos del mundo moderno, que cuando está incorporada a los mismos es una moralidad legalizada, y cuando está fuera, es una moralidad crítica que presiona y sirve como criterio racional para enjuiciarlos"<sup>27</sup>.

En este texto se encuentran las dos afirmaciones que pretendemos establecer en este apartado:

- ☉ La primera se refiere al hecho de que los seres humanos son *exigencias jurídicas* y, como tales, los derechos humanos proclamados en la Declaración debieran ser incorporados al Derecho positivo de todos los estados.
- ☉ Y la segunda es que son, además, *exigencias morales* y, en cuanto tales, obligan, además en conciencia, al margen de las sanciones que pueden conllevar su transgresión en los casos en que hayan sido incorporadas al Derecho positivo.

De la importancia del reconocimiento de los derechos humanos como exigencias jurídicas a incorporar en primer lugar en las Constituciones de los Estados, como así lo ha hecho la Constitución española (Título II), para que, luego, los preceptos constitucionales se desarrollan a través de leyes, ya era consciente la Declaración de la ONU. Por eso, consideraba "esencial que los derechos humanos sean protegidos por un régimen de derecho" y afirmaba que individuos e instituciones han de inspirarse en lo allí se establece como derechos humanos.

El interés de que los contenidos de esta solemne proclamación pase a formar parte del Derecho positivo es fundado, por cuanto la garantía de su cumplimiento depende, en gran medida, de que así sea. Si incluso cuando existen leyes que amparan y obligan al respeto de estos derechos, éstos son quebrantados por los poderes constituidos, la falta de ese amparo legal equivale a dejar abierto el camino a todo tipo de tropelías y desafueros contra los derechos humanos.

---

<sup>27</sup> *Ibid.*, 9.

Reconocida, pues, la necesidad de un respaldo jurídico para los derechos humanos, es obligado insistir, además, en su *carácter moral*. La razón básica para insistir en este aspecto es dejar claro que la validez de los derechos humanos no deriva ni de que hayan sido reconocidos y proclamados solemnemente por un organismo tan representativo como la ONU, ni de que estén incorporados al Derecho positivo de los Estados, sino que es previa y se funda, como ya quedó señalado, en la *dignidad inalienable de la persona*.

Al margen de cómo cada tradición justifique esta verdad sobre la dignidad de la persona como fundamento de los derechos, con anterioridad a su reconocimiento jurídico por parte de los Estados, lo cierto es que se encuentra presente en las diversas tradiciones religioso-morales y filosóficas.

A modo de ejemplo, citamos dos formulaciones de la misma, una más de carácter moral y otra de carácter filosófico. La primera, que se puede rastrear en las tradiciones religioso-morales tanto de occidente como de oriente, es ésta: "Lo que a ti mismo te contraría, no lo hagas a tu prójimo; he ahí toda la Ley, el resto no son sino comentarios"<sup>28</sup>. La segunda, la filosófica, está perfectamente representada en una de las conocidas expresiones del imperativo kantiano: "Obra siempre de tal manera que trates a la humanidad, en tu propia persona o en cualquier otra, al mismo tiempo como un fin, y nunca simplemente como un medio".

Esta afirmación del carácter moral de los derechos humanos y de que éstos no son concesiones hechas por los Estados, es importante ya que convierte al respeto o a la falta de respeto de los mismos en la instancia crítica, como señalaba G. Peces Barba, de los sistemas jurídicos existentes o, como señala F. Savater, en el "último criterio para juzgar los preceptos legales y los regímenes políticos de cualquier rincón del mundo"<sup>29</sup>.

Reivindicar el carácter moral de los derechos humanos puede servir, además, para superar la tensión entre dos extremos en la que

---

<sup>28</sup> El Talmud. Para textos de las diversas tradiciones que hablan del valor de la persona, cf. UNESCO, o.c., 21-85.

<sup>29</sup> F. SAVATER, a.c.

parece moverse quienes deben cumplir con la tarea de "educar en valores". Esos extremos serían, por una parte, convertir la "educación en valores" en adoctrinamiento, haciéndola sin el debido reconocimiento y respeto de las distintas opciones morales legítimas que existen en el marco de una sociedad plural, como es la nuestra; y, por otra, caer en "el relativismo moral", dando por supuesto que en este campo todo vale y que nada es bueno o malo de manera absoluta.

La tensión entre estos extremos desaparecería si se pudieran ofrecer algunos contenidos morales, aunque fuesen mínimos, asumibles racionalmente por cualquier persona. Esos contenidos mínimos podrían ser los derechos humanos afirmados en esta Declaración, en la medida que recogen aquellos ideales de libertad, de justicia y de paz que son a la vez la base necesaria para una convivencia pacífica entre las personas y entre las naciones y la expresión adecuada de la dignidad de la persona.

Por eso, aunque los contenidos de las diversas declaraciones de Naciones Unidas no expresen el ideal moral en su plenitud, y aunque para un creyente estén todavía alejadas de la plenitud moral que supone el evangelio de las bienaventuranzas, "no podemos dejar de reconocer que poseen un nivel ético considerable y que no sólo pueden, sino que deben ser difundidos y apoyados por todos los que pretenden construir una sociedad digna y justa. Por último, esas declaraciones mantienen la suficiente capacidad crítica y la suficiente radicalidad para poder convertirse en instrumentos de transformación social y de denuncia de las injusticias existentes. No dudamos que la lectura reposada y comentada de estos textos... será para muchos una auténtica sorpresa y una llamada para volver situar la ética en el lugar que le corresponde"<sup>30</sup>.

Sobre este terreno firme y compartido por todos de unos valores a transmitir, el proceso de su enseñanza debería de cubrir las tres etapas siguientes. La primera consistiría en *informar* sobre este amplio mundo de valores expresados en la afirmación de los derechos humanos y en *despertar la sensibilidad* necesaria para llegar a captarlos. La segunda llevaría a *someter a juicio* la realidad tal y como es, intentando razonar y comprender lo que en ella hay de bueno y de malo, de justo o de injusto, a partir precisamente del respeto o no respeto de los derechos

---

<sup>30</sup> F. GARCÍA, o. c., 11.

humanos. Es muy importante recorrer esta segunda etapa, que trata de despertar la *capacidad crítica* de quienes se abren al mundo de los valores. La última etapa consiste en *promover la acción*, en intentar llevar a la práctica esas exigencias. Los modos pueden ser muchos: incorporar a la estructura y funcionamiento de los centros el respeto escrupuloso de los derechos humanos; practicarlos cada uno fuera y dentro del centro escolar; comprometerse, en el grado y medida en que cada uno pueda, en la defensa y promoción de los derechos humanos apoyando a las organizaciones y asociaciones que trabajan en este asunto; etc.

## 6. Mirando al futuro

Si hemos constatado el carácter evolutivo de los derechos humanos, que afectan tanto a su formulación teórica como a su reconocimiento en la práctica, ahora mirando al futuro conviene resaltar su *carácter abierto o inacabado*. Este se puede mostrar también tanto en el orden teórico como en el práctico.

En el orden teórico sería posible seguir avanzando hacia una mayor universalización, que podía concretarse en los siguiente: la formulación de nuevas exigencias de la dignidad de la persona, que se traduciría en el reconocimiento de nuevos derechos individuales; el descubrimiento de nuevos sujetos de derechos, que se referirían sobre todo a la extensión del reconocimiento de los derechos a aquellos colectivos más necesitados de protección, como los niños, las mujeres, los ancianos, los emigrantes, las minorías étnicas, etc.; y abrirse a nuevos desafíos de carácter supranacional, como puede ser el desafío de la ecología y el de la paz.

En la parte histórica, al referirse a la existencia de hasta tres generaciones de derechos humanos y a que se está hablando incluso de una cuarta, ya se daba a entender que el camino hacia una mayor universalización de los derechos humanos sigue abierto. En la medida que el reconocimiento de nuevas exigencias o nuevos sujetos contribuya a construir una sociedad más libre, justa y pacífica, no habrá que cerrarse a su búsqueda.

En el orden práctico, el carácter abierto de los derechos humanos es todavía más fácil de comprender, pues, dado que la frecuente

negación de los derechos humanos sigue siendo un dato innegable, queda por delante un amplio margen para la lucha reivindicativa y para la denuncia.

Este último aspecto merece ser resaltado, sobre todo cuando de lo que se trata es de cómo impulsar la enseñanza de los derechos humanos. Esta se consigue recorriendo las tres etapas a las que antes aludíamos: la de la información, la de la valoración o juicio de lo existente y la de la acción o el compromiso. Los cauces a este respecto son muchos y en cada lugar habrán de buscarse los ya existentes, como pueden ser Amnistía Internacional, Asociaciones por Derechos Humanos, ONGs, etc., o en su defecto, habrá que crearlos.

Puesto que el camino hacia el descubrimiento y formulación de nuevos derechos o de nuevos sujetos de derechos no está cerrado, y menos todavía lo está el camino que lleva al respeto *de facto* de los derechos ya reconocidos oficialmente, habrá que seguir invitando a trabajar en la promoción y defensa de los derechos humanos desde los espacios educativos y desde todos los espacios posibles. Esta nos parece que podía ser la conclusión más importante tanto del repaso de la evolución histórica de los derechos humanos como de su visión temática.

[Tomado de «MORALIA», Madrid 80 (octubre-diciembre 1998), pp. 433-454]